

## **DESDE LAS CODORNICES A LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA: LA NECRÓPOLIS DE ARCÓBRIGA COMO EJEMPLO EN LA HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN DEL MUNDO FUNERARIO DE LA CELTIBERIA**

*LORRIO, A. J.; SÁNCHEZ DE PRADO, M<sup>a</sup>. D. (2009): La necrópolis celtibérica de Arcóbriga. Monreal de Ariza, Zaragoza, Caesaraugusta 80. Institución Fernando el Católico, Zaragoza. 565 págs., 205 figs., 14 tabs. + 4 gráfs. (24 x 16,5 cms.). ISBN: 978-84-9911-017-2.*

**JUAN FRANCISCO M. CORBÍ**

*Departamento de Prehistoria  
Universidad Complutense de Madrid*

Los inicios de la arqueología de la muerte celtibérica, hace prácticamente un siglo, estuvieron protagonizados por personajes en principio profesional e intelectualmente alejados del mundo arqueológico, como políticos, nobles, miembros de la alta burguesía o personajes de la vida pública como E. de Aguilera y Gamboa (1845-1922) que, poseedores de una vasta cultura, se aficionaron a la arqueología según les iban llegando noticias del descubrimiento de poblados o necrópolis prerromanos en provincias y zonas muy frecuentadas por ellos. El hecho curioso de que la afición a cazar codornices del conde de Romanones le llevara a realizar sus exploraciones en Termes (Figuerola y Torres, 1910: 3-4), ilustra de por sí el carácter que tuvieron aquellas primeras aproximaciones al pasado protohistórico peninsular.

En efecto, esa forma diletante y no sistemática de hacer arqueología determinó nuestro actual y «limitado» conocimiento sobre las necrópolis celtibéricas por ellos desenterradas y el hecho de que la información de que disponemos hoy en día no sea todo lo representativa que debiera ser, principalmente por haber sido excavados cementerios enteros o una gran extensión de los mismos en aquel entonces (Álvarez-Sanchís, 1990: 337-340, figs. 3-5, Lorrio, 2005: 17-18, 385-387, fig. 1). Así pues, de las más de veinte necrópolis exploradas en las primeras décadas del siglo XX, apenas conocemos sus nombres, su localización y una infinidad de materiales sin contexto, al haber quedado la mayoría de los yacimientos sin publicarse y sin que se hayan realizado trabajos de campo y de registro de datos sistemáticos (Lorrio, 2005: 17), por no mencionar las peripecias experimentadas por las colecciones una vez legadas a los museos (Barril y Cerdeño, 1997). Ignoramos igualmente la extensión de los cementerios y la del área excavada, las planimetrías

y distribución de las tumbas, el número total de conjuntos cerrados y cómo eran cada uno de sus ajuares. En el mejor de los casos, aquellos primeros excavadores se extendían en generalidades acerca de la localización geográfica de los cementerios, su relación con los ríos y poblados cercanos y algunos detalles del ritual o de la organización del espacio funerario; a veces, con suerte, en el número de tumbas exhumadas y en una ínfima parte de los conjuntos cerrados y/o de los materiales del ajuar que más llamaban su atención.

Estas y otras críticas no son excusa para restar importancia a lo que se conoce, pues se trata de yacimientos y materiales que recurrentemente aparecen en las obras de síntesis sobre los celtíberos o la Protohistoria Peninsular. Además, las colecciones antiguas son objeto, desde hace un tiempo, de revisiones que intentan poner orden en las mismas y clarificar nuevos conjuntos cerrados cuando es posible en Aguilar de Anguita (Barril y Salve, 1998, 1999-2000), Torresaviñán (Salve Quejido, 1997), Viñas de Portugués (Fuentes Mascarell, 2004), Haza del Arca (Lorrio, 2007) o la obra que aquí reseñamos sobre la necrópolis de Arcóbriga.

En este contexto llega este nuevo libro centrado en el cementerio de Arcóbriga escrito por A. J. Lorrio, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Alicante, cuya autoridad en este ámbito está fuera de toda duda, y por M<sup>a</sup>. D. Sánchez de Prado, colaboradora honorífica de la misma Universidad. Los autores nos ofrecen una muy meritoria revisión y re-estudio de la colección de materiales a través de tres fuentes: (1) la escrita —esencialmente basada en el capítulo que sobre la necrópolis escribió el marqués de Cerralbo en su monumental obra inédita de cinco tomos (1911a: 33-45) y en el catálogo redactado por J. Cabré Aguiló al donar la colección al M.A.N.—; (2) el material —estudiando los objetos que se conservan en el M.A.N. y el Museo de Zaragoza, muchos descontextualizados y sin apenas información de referencia del excavador—; y (3) la fotográfica —básicamente la colección de J. Cabré Aguiló (1882-1947), que hoy se encuentra en el Instituto de Patrimonio Histórico (IPH) y en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM).

De esta forma, los autores ponen de relieve uno de los cementerios esenciales en el ámbito celtibérico y actualizan gran cantidad de información en forma de: (1) nuevos conjuntos cerrados a añadir a los que ya se conocían; (2) detalles tipológicos de los materiales estudiados de gran relevancia para futuros estudios funcionales e iconográficos; (3) seriación de los conjuntos cerrados reconocidos y una cronología más afinada para el yacimiento; (4) reconstrucción de los ajuares; (5) algunos detalles sobre la organización interna de la necrópolis; (6) su asociación con la ciudad homónima que se alzaba sobre el Cerro Villar y que también fue identificada por el marqués (Aguilera y Gamboa, 1909: 106 ss., Id., 1911b); y (7) las interesantes influencias o relaciones que se perciben entre el mundo ibérico y el celtibérico o las regiones celtibéricas del Alto Tajo-Alto Jalón —donde se en-

cuentra este cementerio— y el Alto Duero.

En absoluto se trata de una tarea fácil, pues las colecciones de Cerralbo del M.A.N. y la del Museo de Zaragoza —procedente ésta de intervenciones clandestinas y de una colección particular de Somaén (Soria)— presentan muchos problemas de descontextualización y mezcla de materiales; de pérdida de información y de etiquetas y números de inventario confusos; de conjuntos cerrados que mayoritariamente no fueron fotografiados pero sí desintegrados (faltando elementos o pudiéndoseles añadir algunos de los que están sin contexto o de los que se han venido atribuyendo a otras necrópolis); de elementos que no aparecen referenciados en los inventarios, fotografías y publicaciones disponibles o que se encuentran en fotografías «temáticas» compartiendo espacio con objetos de otros conjuntos cerrados o, incluso, de otros cementerios; y de adscripciones que hay que corregir en lo que se refiere a aclarar la pertenencia o no de algunos objetos atribuidos a este cementerio de Arcóbriga o a otros yacimientos y a su cronología.

No obstante, los resultados obtenidos son muy relevantes. Por un lado, los autores elevan el número de conjuntos cerrados que pueden considerarse bien documentados a 25 —de 300 originariamente desenterrados al parecer—; articulan un amplísimo catálogo tanto de los materiales adscritos a éstos como de aquellos que siguen sin contexto donde, ayudándose de unas excelentes fotografías y dibujos para su reproducción, se describen tipológicamente los objetos del ajuar, dimensiones, estado de conservación, cronología y la bibliografía o fuentes escritas o fotográficas útiles para el «montaje» de cada conjunto cerrado. Por otro lado, el análisis tipológico de los materiales de las colecciones de ambos museos clarifica muchos detalles de los mismos y, sobre todo, sin conocer la estratigrafía, ayuda a afinar la ordenación cronológica —seriación— de los 25 conjuntos singularizados, los materiales predominantes en cada una de las cuatro fases que proponen los autores para el cementerio (fines siglo IV-principios siglo III a.C.; siglo III a.C.; fines siglo III-principios siglo II a.C. y siglo II a.C.) y la cronología general del mismo, que sitúan entre fines del siglo IV y el I a.C., ayudándose de los paralelos entre los materiales de Arcóbriga y los de otros cementerios celtibéricos, aunque se hace complicado rechazar que alguno de los objetos contenidos en el catálogo pueda proceder realmente de otro cementerio de la colección Cerralbo debido a los problemas de registro de datos antes aludidos.

De esta forma, a las características generales que ya conocíamos por Cerralbo acerca de esta necrópolis (tumbas con estelas alineadas en calles paralelas; urnas cubiertas por lajas pétreas y objetos de adorno en su interior dejándose las armas y elementos de tocado fuera; ustrinum separado de éstas; escasa profundidad de las tumbas, sin presencia de restos humanos dentro de las urnas debido a las cremaciones totales que se alcanzaban; zona reservada para sacerdotisas ca-

racterizadas por los famosos elementos para tocados y las placas decorativas; e inutilización de algunos de los objetos destinados al ajuar), la lectura de este libro permite añadir nuevas reflexiones.

Los autores se refieren al gran porcentaje de tumbas con armas (21), a las combinaciones de armas más frecuentes en los conjuntos cerrados y a que no se percibe aquí, al igual que en el Alto Duero, el proceso final de empobrecimiento de los ajuares o, incluso, la desaparición de las armas que sí se observa en el resto de necrópolis del Alto Tajo-Alto Jalón. Ello aun aceptando que las tumbas sin armas, con elementos de adorno o solo con las urnas cinerarias no debieron causar demasiado interés a sus excavadores y, por tanto, fueron posiblemente menos reproducidas. También, atendiendo a los paralelos entre materiales de Arcóbriga y de otros cementerios y a las características del ritual, han podido observar más claramente los influjos o incluso contactos con la zona del Alto Jalón —organización interna de las necrópolis, empleo de lajas para tapar las urnas cinerarias y la presencia del elemento de tocado— y con la del Alto Duero y Numancia —presencia de placas articuladas, puñales biglobulares, fibulas de caballito, estandartes y relevancia de ajuares militares—. Nuevos argumentos, en definitiva, para reforzar el debate en torno a la arevaquización del Alto Tajo-Alto Jalón en fechas avanzadas de la cultura celtibérica. A ello se sumarían las relaciones con el área vetona, vaccea e ibérica, que también se comentan e ilustran en este libro, además de dar argumentos que alimentan la discusión acerca de la diversidad de los rituales funerarios en la Iberia Céltica. Finalmente, los autores valoran la vinculación y similitud tipológica de los materiales prerromanos del Cerro Villar con los de Arcóbriga y concluyen que ésta está directamente relacionada con el poblado que se levantó sobre aquél, como sospechaba Cerralbo.

Solo nos resta indicar que la obra se complementa con dos apéndices. En uno de ellos se recogen los materiales que, atribuidos a Arcóbriga, han podido identificarse como pertenecientes a tumbas o al material sin contexto de cementerios como Aguilar de Anguita, Clares, El Atance y Luzaga, también explorados por el marqués en la misma época. Muy relevante nos parece la inclusión del texto inédito de Cerralbo sobre la necrópolis de Arcóbriga, escrito en 1911 y que forma parte del cuarto tomo de sus Páginas de Historia Patria, pues facilita una más rápida consulta de la obra originaria, con sus fotografías y dibujos, y sería de desear que redobláramos esfuerzos para divulgar todas aquellas obras que aun permanecen inéditas. Ello y la publicación de estas revisiones seguramente constituye la mejor forma de homenajear a los pioneros de la arqueología prehistórica y protohistórica peninsular, de rebuscar y dar a conocer todo lo que permanece desconocido en los fondos de nuestros museos y de hacer avanzar nuestra disciplina científica desde una perspectiva crítica.

## BIBLIOGRAFÍA:

AGUILERA; GAMBOA, E. (1909): *El Alto Jalón. Descubrimientos arqueológicos*, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid.

AGUILERA; GAMBOA, E. (1911a): *Páginas de Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas. Necrópolis ibéricas y Drunemeton, Tomo IV*, inédita.

AGUILERA; GAMBOA, E. (1911b): *Páginas de Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas. Arcóbriga, Tomo V*, inédita.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1990): «La formación del registro arqueológico: las necrópolis celtibéricas del Alto Duero-Alto Jalón». En BURILLO MOZOTA, F. (coord.): *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza. 337-341

BARRIL, M.; CERDEÑO, M<sup>a</sup>. L. (1997): «El marqués de Cerralbo: un aficionado que se institucionaliza». En MORA, G.; DÍAZ-ANDREU, M. (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga.

BARRIL, M.; SALVE, V. (1998): «Reexcavando Aguilar de Anguita a través de los documentos escritos y los materiales depositados en el M.A.N.», *Kalathos*, 17: 47-90.

BARRIL, M.; SALVE, V. (1999-2000): «Formas de enterramiento y ritos funerarios en las necrópolis celtibéricas de Aguilar de Anguita (Guadalajara): El Altillo y La Carretera Vieja», *Kalathos*, 18-19: 153-200.

FIGUEROA; TORRES, Á. (1910): *Las ruinas de Termes*. Establecimiento Tipográfico y Editorial, Madrid.

FUENTES MASCARELL, C. (2004): *La necrópolis celtibérica de Viñas de Portuguí (Osma, Soria)*. Toxosoutos, La Coruña.

LORRIO, A. J. (2005): *Los Celtíberos*. Real Academia de la Historia, Madrid.

LORRIO, A. J. (2007): «Historiografía y nuevas interpretaciones: la necrópolis de la Edad del Hierro de Haza del Arca (Uclés, Cuenca)», *Caesaraugusta*, 78: 251-

278.

SALVE QUEJIDO, V. (1997): «Estudio de los ajuares de la necrópolis de La Cabezada (La Torresaviñán, Guadalajara) conservados en el M.A.N.», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 15(1-2): 59-76.